



bre el primero que se acerca a la tienda en busca del capricho.

Pero no le dura mucho la supremacía. Los comerciantes dan fe de que, «*lo habitual es que luego acuda su novia o su esposa quejándose del tamaño de los bafles. Aunque la mujer suele*

cambiar de idea cuando descubre lo bien que suenan», señala Celes tino del Hoyo, dependiente de unos grandes almacenes. También hay ocasiones para la versión posmoderna de la Tribu de los Brady: «*Una vez, vinieron todos los miembros de una familia, uno*

■ «*El mejor de los 'cedés' aún intenta que su sonido se parezca al acetato de vinilo*»

■ «*El hombre sigue siendo el que toma la iniciativa a la hora de comprar una cadena*»

■ «*El disco duro de un ordenador puede almacenar siete días de música ininterrumpida*»



por uno, a que les enseñara el modelo, pero no es lo habitual».

Cintas de doce horas

Las funciones de las cadenas instaladas en los dormitorios son mucho más modestas. En el mejor de los casos, el usuario lo ha conectado a su ordenador para escuchar las melodías descargadas desde el ciberspacio. Pero el grueso de ciudadanos todavía se limita a escuchar cedés y copiar cintas para el walk-man.

Los menos exigentes sacrifican la calidad en beneficio de la cantidad más apabullante. El nuevo sistema de grabación de cancio-

nes MP3 permite almacenar en un sólo cedé el equivalente a doce horas de sonido, con una ligera merma de perfección. En el disco duro de un ordenador de gama media esta cifra sube hasta los siete días de música ininterrumpida. Y, lo más importante, es fácil de conseguir —por medios lícitos e ilícitos— en la red.

El sacrificio de calidad se vuelve sacrilegio para los melómanos de la vieja escuela. Afirman, quince años después de la aparición de los compactos, que no se ha inventado nada mejor que el disco tradicional. «*El mejor de los 'cedés' intenta que su sonido se*

parezca al acetato de vinilo», sentencia Millán. Se explica: «*El sonido es físicamente analógico. Por lo tanto, para guardarlo en un soporte digital, hay que traducirlo. Y, a todo traductor se le nota el acento*». Los héroes de la fidelidad no dudan en hacer cuantos peregrinajes sean necesarios con tal de conseguir su plato, incluso cruzan las fronteras de Francia o Inglaterra, donde la oferta es mayor.

Puristas, amantes de la cantidad desmedida, cinéfilos encuentran acomodo en un mercado más segmentado que nunca. Todo vale con tal de romper el silencio.



En la misma onda

Desde la aparición de la radio con sintonizador digital, pocas novedades se han incluido en estos aparatos. Entre ellas, destaca el RDS. Un sistema de radio inteligente mediante el que las transmisoras de FM pueden emitir pequeñas señales de texto, localizar automáticamente el boletín informativo que ofrece datos sobre el estado de las carreteras o saltar de dial para sintonizar el tipo de música que el propio usuario haya seleccionado: pop, jazz, clásica... Aunque puede parecer una gran idea para su uso en el

automóvil, el conductor pocas veces logrará sacarles partido. El desinterés de las emisoras y la accidentada geografía del país se lo impiden. El futuro inminente apunta por la digitalización de la señal. Supondrá un vísco en la concepción actual de este medio de comunicación. Pero, de momento, los receptores de esta tecnología aún tienen precios desorbitados y no existen emisiones regulares en España. Por este motivo, su implantación masiva, aún se advierte lejana.

Oído muy fino

En los sesenta, ya se fabricaban bafles de características similares a los actuales. Una falta de evolución que los ha convertido en el elemento más costoso del equipo. Para conseguir un buen sonido hay que pagarlos caros. ¿Los avances? Escasos y encaminados a la reducción del tamaño. El movimiento del cono ha reconvertido los antiguos armarios empotrados en piezas más estéticas. Antes de escogerlos, es imprescindible saber dónde se ubicará el equipo para no errar tanto por defecto como por exceso.

Los materiales también han sufrido un pequeño empuje. En los altavoces más excesivos —que alcanzan las 400.000 pesetas— la madera es sustituida por tejidos sintéticos como el kevlar, con el que se fabrican los chalecos antibalas. Todo por conseguir una mayor rigidez. Los siberianos incluso pueden gastarse quince millones en una pareja de William Grand Slam. De cualquier forma, a la hora de adquirir un equipo, la mitad de la inversión debe ir destinada a estos clásicos.

Una buena caja se importa de Inglaterra o ha cruzado el Atlántico desde EE UU. Aunque los mejores aparatos electrónicos lleven el *made in Japan*, los orientales no fabrican bafles.

